

Doctrina de varia melancolía

Alfredo García Valdez

© Alfredo García Valdez

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura

© Secretaría de Cultura de Coahuila

Juárez 319, Zona Centro

C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán

Diseño editorial: www.amonite.com.mx

ISBN Colección: En trámite

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

Presencia

Apenas palpo el aleteo
de tantas ninfas descalzas y errabundas,
plegados cuerpos que se oprimen
en la sístole del espacio
pleno, y en la diástole de la memoria,
racimos que el viento empuja sobre el zócalo,
bajo el eco y el murmullo del deseo.

Se reúnen en sí mismas y son una,
se despliegan y descomponen
en un harem de la presencia continua,
oh, tú, deseada de todas las maneras
posibles, ahora consumas,
pretérita no, preterida,
la plenitud nunca escindida
y contemplo a trasluz tu cuerpo:
levitas, ala y hálito del vacío.

Trampa

¡Qué más grave impiedad
la del que, traicionándose a sí mismo,
se puso al fin de parte
de sus verdugos, y participando
del espolio, sorteó sus propias ropas!

No habrá piedad para el que hizo escarnio
de sí mismo, y en ronda con impíos,
vio la trampa y celada
y decidió caer por propio pie
-pues no la necesita.

Adivinanzas

Cuánto dura el poema
antes de ser escrito,
qué distancia de esa mujer me aparta,
cuándo se cierra ese circuito, umbral
y destino: he aquí, ¡éste es el misterio!

Las palabras fallidas,
tantas retóricas defenestradas,
los monederos falsos
para comprar las mercancías muebles
que hasta la vanidad refuta fatuas:
enigmas de los otros
que se encarnizan contra el solitario.

Armenta

El tufo del rebaño,
sus secreciones y sus deyecciones,
el coceo y el triscar
de unos sobre otros, no me mueven
a que busque sus plazas, sus recámaras.

Ética de las bestias
que abrevan, comen y se bañan juntas
y que se desvalijan
-cueros, pesuñas, cuernos, ojos, hígados-
unas a otras: yo no os pertenezco.

Nunca fui a vuestras misas,
ni quisiera fundirme en vuestro osario.

Mester

Con la dama en oferta
no es necesario ser caballeroso,
sólo andarse con tiento,
pues nunca la inmundicia tuvo género,
sindicato ni código de honor.

Sierpe de la oficina,
brinda a medias, sin medias, por teléfono
o en coche sus servicios.
Nadie se llame a ilusión o engaño,
pues su oficio no es más que el latrocinio.

Es el organigrama
el tubo donde baila y se desnuda.

Malinconia

El aire de esta calle
algo quiere decirme y se le olvida:
de la luz a la sombra
murmura el labio, el párpado sonríe
y no llega a decir la frase exacta.

Caminante, no pases,
el comercio no ha abierto sus cortinas,
a esta hora lavan
el bar con agua y con lejía.
¿Acaso ella está dentro, y tal es el mensaje?

Humus

Cuando una mano toca
otra mano y se cruzan las miradas,
surge como centella
el mal, como una enfermedad gregaria,
un fétido calor, un hedor mutuo:
es la sangre corrupta,
la carne que se pudre al mismo tiempo
que vive. El ermitaño
esquiva así todo contacto:
el humus de la muerte está en su mano.

Escupidera

El mármol granulado:
una cantina donde no se escupe
no es cantina, si acaso
un lupanar cuajado de libélulas
donde se confabula, no se bebe.

Mancha la nicotina
estas burbujas de meteorito:
ámbar de otoño
lleno de humo, ceniza, espuma seca
que aún refleja el último arcoíris.

Feria

Andan nadando en el pantano,
idos y sumergidos, a veces se incorporan
ululando, sus improperios
no me tocan; entonces se desploman de espaldas
con chispas apagadas, como de escobas muertas,

otrosí, muerden su penumbra
moral bajo los focos legañosos que el viento
desmantela, ya la basura
les ha llegado al cuello. La feria suburbana
se marchó, abandonando a estos monstruos en sus jaulas.

Bar Salsipuedes

El bar ha quedado vacío.
La cantinera cambia de lugar y se sirve
una copa. Va a la radiola,
deja girando el taburete
-de algún modo hay que rematar la noche agónica-.
No es que sea yo el bulto dormido
que la observa. Tal vez sea mejor ese gato
que se le enreda entre las piernas,
mientras afuera giran las aspas de neón
con que una patrulla encadena sus lágrimas.
Su carne dura, su piel fina
no merecen el alcohol, al menos no todavía,
mas la radiola centellea
con un cierto pánico que irrita la alarma policial:
¡oh qué gran fiesta para una sola persona!
Es imposible comprender
por qué alguien sufre, sobre todo cuando está eufórico.
La ebriedad es rostro y es máscara
que ríe por el haz, por el envés solloza.
Mas la carne es tan fresca, merece la ambrosía.
Quemaduras de cigarrillos
no, ni los destemplados mandatos del padrote,
ni la Ratesa que le renta
la covacha inundada donde duerme hasta tarde.
No merece la aurora que husmea entre las persianas.
Sino una luz más vasta que,
brotando de su cuerpo, traslúcido ginebra,

turba los párpados del gato,
hurtando de la noche tótems y cachivaches
con el peso del sueño, para poblar el día.
El primer cliente en la resaca
la encontrará dormida. Ha de golpear en balde
sobre la puerta derrengada,
entre los fogonazos de la radiola insomne:
su alma es un video en la pista del tedio.

Beatus ille

No mendigues la compañía
de las bestias ni te bañes en su hedor.
En el retablo de los vicios,
arrímate, si quieres, a sus hembras
pero no dejes que el dinero
te convierta en un pordiosero
ni la sensualidad en un leproso.
Entre mediocres y corruptos
anda el juego y se rifan las ganancias.
No pares mucho en sus capillas
ni bebas de más en sus fiestas.
Mejor la sórdida cantina
atendida por dos jóvenes lesbianas,
olorosa a serrín, tabaco viejo,
a orines, vómito y jeringas
do el sol, como una viga transversal
penetra, dorado polvo que zumba
y pone a ladrar la radiola.
Olores de alcohol y sudor
son el fantasma del rebaño ebrio
que para aquí los viernes. Es Lilith
esta doble mujer que se contempla
a sí misma y que se devora,
sus párpados son como labios,
son las dos un narciso femenino,
dos pesadas cabezas ebrias
en la corriente del sueño.

Nunca la mujer es más bella
que cuando seduce a otra mujer.
Masculinas las dos, tan femeninas
se coquetean y se requiebran,
con un dulzón olor a zorra
que es una jeringa de luz
en el pardo hedor de la trastienda.
Huye del sucio cuello blanco,
del olor del dinero en los casinos,
escapa, ay, hacia este ambiente de aldea
suburbana, húmido y silvestre
–olfatea en todo caso los perfumes
a un tiempo cursis y vulgares
de sus hembras de carne insípida,
en las tabernas caras do se embriagan,
si quieres, y compáralos.
Olor a cuero de la lluvia,
relámpagos de talabartería
que ponen a tiritar las botellas,
hendiendo el espejo empañado
en donde se unifican las criaturas
por el viático de la lengua,
el envés de su piel tiritita,
pues el haz es el alma ambigua de ambas
en su sensualidad y su orfandad...

Morgue

Qué caso tiene comparar el cuerpo
con las fotografías de su casa,
o con las otras que sus compañeros
de escuela coleccionan, los disparos
de éter y magnesio que asesinan
la adolescencia y luego la congelan
cual humeante cadáver en la morgue.
En ésta, puede verse maquillada
para alguna festividad de Halloween:
su cara es idéntica a la máscara
que lleva ahora, e igual de pasajera.
En esta otra, juega y coquetea
con el obeso profesor, si cándida
maliciosa también, con una astucia
que proliferaría con los años.
Mirad sus piernas: para el detective
están igual de heladas en la foto
que en la mesa de mármol, sin las medias
de nylon, que no pueden entibiarlas.
Aunque estudiaba para subgerente,
consiguió empleo como secretaria:
sus largas piernas fueron la medida
de su avidez, modelo de arribismo
y aun las columnas del departamento
cuya renta mensual pagó con sangre.
Una cleptómana, una estafadora,
una dama de compañía sexual:

aunque la muerte es algo bien sencillo
para estas criaturas complicadas,
simple como una ducha que se torna
un paseo en el fondo del mar.

Mira impunemente las fotografías,
luego el cuerpo desnudo. El detective
es objetivo como un ginecólogo,
no tiene el morbo del viejo gerente,
los anónimos clientes potenciales
que hojearon este álbum perseguían
otros detalles, pliegues, gestos, rasgos
en candidas estampas familiares,
en cuadros amistosos, deportivos
de su trivial, su frágil existencia.

La putilla no tuvo vida propia:
era como una monja, una mascota,
un objeto, a expensas de otro siempre,
que la usaba y manipulaba como
si fuese una fotografía animada,
tres dimensiones de polietileno
para un placer abstracto, casi vacío,
sin culpa, solitario, ensimismado.

No bebía ni fumaba: mantenerse
saludable e higiénica era parte
del negocio. Su pubis fue una cloaca,
una musgosa ciénaga ajustada,
una ratesa que mordía con pánico,
guante de plástico en caricias diestro
como siniestro para la cobranza,

con eficacia impersonal, mecánica.
Nunca se enamoró: tal sentimiento
destruye a esta clase de criaturas,
es tan brutal como un asesinato
pues las concreta, las personifica
y las vuelve conscientes, responsables
en la atmósfera artificial que habitan.
Tal es la hipótesis del detective,
la que expondrá si alguien reclama el cuerpo,
que una forma de amor muy parecida
al desamor amorata en la morgue.

Álbum de zoología

Tiene el tamaño de un paquidermo
pero es invertebrado.

Se sostiene en una pila de libros.

Canta con una vocecita dulzona
que atrapa a los insectos:
su silencio está hecho del zumbido
de esos élitros petrificados en miel.

Es inviolable el cubículo
de este monstruo académico.

Las paredes de cristal
fornadas de papel periódico
apenas le permiten contemplar el atardecer
que cae como un fenómeno cósmico
sobre los cristales de sus gafas.

Sus ojos son ostras
en esas conchas de cristal
que parpadean en otro rincón del universo.
La indiferencia del cosmos
sólo se compara con la ataraxia de esos ojos.

El paquidermo no se compromete,
aunque se baña en un océano de buenas causas.
Si consiguiera rasgar el periódico,
aún quedaría ese muro de extraviada transparencia
hecho de cristal de roca
que constituye su esqueleto externo.

Canta, sólo canta
con esa vocecita hecha de puras acepciones,
de sinónimos, de adjetivos,
de participios, de adverbios
sin sustantivos o verbos que los vertebran.

Una voz que nada altera,
pues el paquidermo detesta ser perturbado por las cosas.
Su corpachón es un cachivache,
un diccionario que se traslada en camilla,
minuciosamente expurgado
de términos actuales y nominales,
un generador de metamorfosis triviales
que ocurren siempre en diminutivo,
en un presente ausente, en un pretérito sin mérito,
en un futuro sido.

El monstruo es su propio satori:
en sí mismo acontece, en sí mismo
se desvanece, en su nada que no lo empesce,
empecinado espécimen de sí mismo
en la ortopedia del crepúsculo.

La ordalía

El aguardiente es agua helada
que galvaniza la sangre,
que cauteriza su caudal,
que pone a prueba
las pesadillas de la realidad
confundidas con tantos sueños muertos,
asentados a lo largo de medio siglo
existido con los ojos desorbitadamente abiertos,
como Bruno en su hoguera
que dura ya cinco siglos,
pues el fuego no tiene edad ni término:
nadie se quema dos veces en la misma llama.

Cotidiano

Todo sucede al volante:

un estornudo,
un paro cardíaco,
un trastorno de personalidad

y el coche zarpa sobre el transeúnte,
que no alcanza a concebir
en el minuto que dura
una muerte tan súbita y extravagante.

Transeúnte

Cierra la estrella transeúnte
sus picos y camina en la lluvia,
los tacones en el empedrado
como espuelas de plata,
su paraguas es un pararrayos,
se desprende de su falda el hilo del destino,
la sigo con los ojos cerrados,
los maniqués en negligée
la miran atónitos
cuando asoma su fresca mejilla al escaparate,
la calle toda parece de mármol
por el resplandor de su rostro,
empero los espejos no la duplican
dada la pureza de su figura,
en términos generales su presencia es indescriptible,
sólo percibía de ella un cierto grado de exactitud,
como un reflejo tangencial sobre el agua,
de modo que la centella era más bien su metáfora
en un marco de impresiones costumbristas,
el polvo cósmico se filtraba
entre los escaparates y entretelones
de lo que denominamos realidad,
yo seguía y persigo su estela
a sabiendas de que ella nunca dirá su nombre
pues las palabras no pueden tocarla.

Póstumo

Nunca se cae a fondo,
pues finalmente el fondo te sostiene.
En el silencio habitas,
en la posibilidad pura, lejos
de aquellas otras tan pobremente realizadas
en la discordia y el hedor del rebaño.
La soledad es el cóncavo espejo
en donde el mundo se contempla. El borde
de dicho espejo eres, por lejano
e hipotético que sea tal borde,
de modo que no te refleja. Existes
al margen del azar y del destino,
en el fragor de lo que siempre a punto
de brotar o morir, nunca te arrastra,
póstumo y anterior
a cualquier desenlace.

Pones a levitar
las cosas si las nombras.
Al final el silencio las sostiene.
El espacio es espejo
que genera la imagen, el ojo que no parpadea.
El caos es la metáfora
que no logra colmarlo.
Y el silencio, la lengua sagrada
cuya potestad revela las cosas
después de haberlas creado.

Viaje al país de los muertos

En el Hades no rige
la luz ni la sucesión,
pero sí una salvaje vida.
Cuerpos sin identidad
se ayuntan en medio del pánico.
Animales abstractos
aún no martirizados por las circunstancias,
en la cruz y la fijación
del aquí y el ahora.
Donde la mujer aún no es cantidad,
ni una ni muchas, sino sólo ella misma.
Al país de los muertos
vamos, nave mía
-donde nace Citeres.

Nóstoi

Haces las cosas por última vez
con el deseo de que no ocurran de nuevo.
Te obsesiona la palabra nunca
con sus promesas sombrías,
la palabra siempre se despliega
con su eternidad de rosas de plástico.
Para quien conoce la ebriedad,
la sobriedad no es menos espantosa.
Agotar el día y que no retorne,
pues no hay nostalgia ni esperanza,
sólo el cigarrillo que enciendes en medio de la lluvia,
tres calles antes de llegar a casa.

La inesperada

El limosnero con revólver
que merodea por los bajos bares
de radiola y de crinolina
y con las comisuras espumeantes
insulta al que no le invita una copa:
asciende la luz mercurial
por las farolas como un rododendro
que electrocuta a los mosquitos.
Entra de súbito la cigarrera:
¿cómo es posible que ese cuerpo
de diosa cananea
de la fecundidad haya brotado
de los vapores de la alcantarilla,
vendiendo discos de piratería,
de música al acaso, cerillas y cigarros,
con los ojos insomnes, a pesar
de que nunca en su vida bebió un trago,
tiritando en la calle
con ese cuerpo hospitalario
que merecía todos los abrazos?
Al parecer, ella había escogido
ese destino, al que por principio
de cuentas la había arrojado su belleza,
quiero decir que se había abstenido
de cobrar el tributo y la renta
que le correspondían
como criatura señalada

en las órdenes bizantinas
de la sensualidad y el dinero,
que se articulan de manera clandestina
por dentro de las jerarquías sociales,
escogiendo esa vida libre en las calles,
ajena a todo compromiso,
recogida en sí misma como un relámpago
en el nimbo y el panal del deseo,
en una populosa soledad,
retorciéndose como esta noche
en la neblina del bar
como una absorta serpiente bíblica
orgullosa e intocada,
renunciando de antemano
a todo fausto y opulencia,
en favor de esta su heredad en la lluvia,
de la promiscuidad de las miradas
crepitando en las tumultuosas cantinas,
como cuerdas de marinero saladas y tensas
tratando de amarrar el cuerpo de sirena,
en su papel de Inesperada,
de milagro que azota las puertas batientes
entre la podrida miel del respeto
a cualquier hora de la noche,
dejándonos en las manos
sólo un jirón de su presencia,
los vigesimales cigarrillos
envueltos en celofán,
comprados sólo con el afán

de rozar la yema de sus dedos
y un disco de música ululante
para escuchar en el insomnio,
mientras su recuerdo caprichoso
se concreta esta noche como una reliquia
entre los vapores del alcohol
mezclados con el vapor de la alcantarilla.

Impávida luz

En la zozobra y la embriaguez de vivir,
lo que no es laberinto es remolino,
la vertical a duras penas
conservas, sufriente cuadrúpedo
que al hilo del olfato se volvió metafísico.

La culpa torna perdurable
lo que nunca redime y lo encierra en un túmulo
de ceniza. Sobra ocasión
para mesarse los cabellos,
mientras el barco hace agua por todas sus juntas.

Cualquier horizonte es ficticio,
pues donde empieza la mujer terminan los sueños,
ganan una solidez triste;
cambia de sitio cada vez
el umbral que a las veces se convierte en un límite.

Los fanales del miedo acechan
en la penumbra intermitente de la conciencia,
la helada médula del miedo
nos convierte en invertebrados,
nos enmudece en un gelatinoso silencio.

Tornan los actos cotidianos
y su repetición es una pesadilla
que intimida como la amnesia;

cuando siento que lo sé todo
triza mi lucidez la garra de algún pájaro.

Abominable es caminar
dormido por las calles que solivianta el polvo,
cuando la paz de la derrota,
de suyo tan larga e innoble,
prolonga la inocencia hasta invertir su sentido.

Entonces mi cabeza pende
del juicio que cualquier desconocido pronuncie,
la balanza de la mujer
es más despiadada ordalía,
la transeúnte anónima me empuja hacia el abismo.

A las tres de la madrugada,
mis dedos en el quicio de la culpa atrapados,
el espejo traga mi sombra,
le estampa huecos luminosos,
las palabras sin música apedrean mi conciencia.

Penetra capas y sargazos
de la ciénaga de la realidad: es la sed
una luz turbia que decanta
los bordes, membranas y núcleos
antes de que tomen su consistencia de fieltro.

El demonio de la escritura
graba en los tímpanos y obeliscos del silencio

las palabras que no retornan
y en el murmullo del olvido
se sumergen cual piedras que duermen y respiran.

Cincela la alucinación
ruidos secos y turbias imágenes, que pueblan
la noche del desamparado:
taxis y cláxones, sirenas
de patrullas que fingen un neón de burdeles.

Un portazo y el compungido
rostro de la mesera que ha servido la póstuma
copa; abarrotados propíleos
de la razón, donde las súcubas
plantan su adorable, desorbitado comercio:

todo esto voy a celebrar
en versos que respiren como sordas raíces,
con el pulso del que despierta
de una polvorienta existencia
y se sumerge de golpe en la impávida luz.

El ojo del otro

Siempre hay algo más adelante,
pero ya no quisiera surcar aguas oscuras
en las que me he perdido en sueños,
pues el cadáver que me busca
por seguro tampoco habrá encontrado nada
y teme mirarme a los ojos.

En la dimensión de los muertos,
las palabras se borran, se pierden los recuerdos,
al abrir otra vez los ojos,
habré de reír en el limbo,
esa felicidad incomprensible basta
que atisbo y pruebo desde ahora.

No sujeto a mis condiciones,
el más allá que acaso sea también transitorio;
parentelas, mitologías
aparte, ha de ser su materia
mirada con los ojos de los hongos, que absorben
luz y escudriñan oscuranas.

Sofisma es lo inteligible,
la ciencia en el incienso de los cinco sentidos
pierde estructura pero gana
territorios nunca descritos:
el ojo palpa cuerpos de seda que convidan
a incorporársele por siempre.

Otra ventana y otro parque:
el otro con mis ojos contempla por su cuenta,
puesto que el tiempo es simultáneo,
árboles que a la muerte apuntan,
al espacio que se abre después de la agonía,
la próxima reencarnación.

Varias vidas en el presente
habitamos, saltando de la una a la otra:
el viento de la encrucijada
ante el ojo sus escenarios
despliega: no recuerdo si he nacido o ya he muerto,
es hora que alguien me lo diga.

Sextina para Bertrand Russell

Bertrand Russel, un mandarín convulso,
fue el padre de las causas biempensantes,
suicida que vivió casi cien años
bajo la decadencia del Imperio.
Era la lógica su cocaína,
su método de esgrima fue el sarcasmo.

Aun Aristóteles de su sarcasmo
objeto fue; su helado, su convulso
humor corría como cocaína,
construyendo figuras biempensantes
por la sangre del pensamiento; años
de mal humor y no cedió al imperio

de la poesía jamás, único imperio
que no destruirá ningún sarcasmo
ni pueden mancillar los biempensantes;
pero la historia fue el lobo convulso
que le enseñó a reír: la cocaína
de la experiencia lo educó cien años.

Mas caducos también fueron sus años
cual los de todo hombre, y el imperio
del pensamiento, como cocaína
teológica, volvió al polvo; el sarcasmo
como una hiena, emite su convulso
canto entre los escombros biempensantes.

Mirad al héroe de los biempensantes:
componen la corona de sus años
ajo, laurel, cebolla, no el convulso
Nobel que Churchill deshonró; el sarcasmo
de ambos fue soberbia del imperio.
Aún son habanos, whisky, cocaína

-ese sueño espectral de cocaína-
los móviles de tantos biempensantes,
que aúllan en las ruinas del imperio
derrumbado a la vuelta de cien años.
Espectro entre vapores de sarcasmo,
se carcajea aún Bertrand, convulso.

Aún convulso de historia y cocaína,
nutre el sarcasmo de los biempensantes:
años de tumba son todo su imperio.

Fábula de Aquiles y la tortuga

Bajo las nubes que oscilan,
al vuelo de la tortuga
corre exasperado Aquiles;
la tierra bajo sus pies
gime y gira sordamente;
una del otro son meta
y en esa persecución
construyen ambos el tiempo.

En los carriles del tiempo,
las cosas giran y oscilan;
en toda persecución
suele triunfar la tortuga;
cambia de sitio la meta
a cada paso de Aquiles
y resuena sordamente
la tierra bajo sus pies.

Aun las plantas tienen pies,
mas no los usan a tiempo;
aplauden, pues, sordamente
al par de sombras que oscilan;
minuciosamente Aquiles
dobla la persecución
y no alcanza a la tortuga
ni toca nunca la meta.

Cada paso es una meta
y trampa para los pies;
reposa, pues, la tortuga
y su morada es el tiempo,
donde la persecución
se ha apagado sordamente
y los talones de Aquiles
son como flechas que oscilan,

clavados, vibran y oscilan
en la diana de la meta;
otro sentido da Aquiles
a la tierra con sus pies:
gira suave y sordamente,
caparazón de tortuga,
en esta persecución
que da otro sentido al tiempo.

La eternidad llega a tiempo,
sus quietas ruedas oscilan:
en esta persecución,
fortuita cita es la meta,
donde aguarda la tortuga
pero se demora Aquiles,
que ha escapado sordamente
tras la huella de sus pies.

Asienta sólidos pies
la ciudadela del tiempo,

donde piafan sordamente
cascos que apenas oscilan,
pues el solípedo Aquiles
cesa la persecución
y resopla la tortuga:
incendiarla era su meta.

El aquí y ahora es meta
que buscan todos los pies
de hombre, caballo o tortuga;
el tiempo en persecución
de sí mismo, nunca a tiempo
llegará, soberbio Aquiles
que reintegra sordamente
sus imágenes que oscilan.

Oscilan sobre la meta
sordamente aquellos pies;
Aquiles y la tortuga
han aniquilado al tiempo
tras tanta persecución.

Elegía

No todos los caminos
llevan a Roma: se quedó extraviado
en la oscura pocilga el peregrino;
cada poema es una experiencia
imperceptible como el día que pasa,
con el boato del cortejo que anda
de camino hacia Roma,
donde los cómicos, los saltimbanquis
procuran que sea amena la rutina,
desde mi sórdido rincón admiro
sus trajes y sus juegos de retórica,
el balón que dispersa el arco iris,
los yelmos y las joyas,
las mujeres de abasto en la bodega
del vestuario y la charlatanería,
los frutos secos y los dulces agrios
mojados con el agua de los cántaros
y los guardias de peltre
cual soberbios cacharros del crepúsculo:
todo conduce a Roma y sin embargo
yo me quedo a la orilla del camino,
mido mis sílabas con la rutina
del cosmos, con el pulso de las aguas,
la mano escribe como una clepsidra
que se ha ajustado a otra cronología,
no hay mayor soledad que estos harapos
en que la luz su pedrería impone

al tiempo que las pulgas su bocina
-el fasto de los pobres no termina,
sino que por la muerte se propaga-,
con los manuales, con los diccionarios
donde mi pobre erudición se abasta,
enriquecida por el polvo a veces
que la experiencia deja en estas postas,
a sabiendas que entre nosotros, todo
mérito se persigue, no se premia
como han establecido los eunucos
del imperio, en su afán de que prosigan
en dicho clima artificial las cosas,
pues el talento es peligroso cuando
el aparato en ruinas se desfonda,
de manera que ellos se enriquecen
con las sobras de la grandeza y merman
los principios de otro crecimiento,
veo pasar los pícaros,
como he dicho, camino de la corte,
en donde quedarán abarrotados
por esas masticadas sobras, todas
envueltas en saliva emponzoñada,
mientras pulo mis versos,
que ya no alcanzarán a ser leídos
en público, pues creo que este crepúsculo
es general y nos alcanza a todos,
incluso a lo que aún no tenemos sueño...

Parte de muerte

Hoy sentí miedo en la cantina
y miedo de quedarme solo en casa;
el aire del mañana me traspasa,
el hoy es brasa mortecina.

El ayer es una sentina,
el brazo corre brazas y me abraza
la gruesa agua; mi rostro es una traza
donde la muerte vaticina:

En mis facciones dejarán fracciones
de polvo el tiempo y el olvido.
Reparte entre la soledad y el miedo

la muerte así sus prevaricaciones.
Escalofrío ya acontecido,
soy mi punto de muerte. Aquí me quedo.

Comisura

Al mirarlos quedo mudo
y con metro impar los mido:
al que camina dormido
y al que pasea desnudo.

¿Quién mejor transgredir pudo
arduas leyes del sentido
común? Sea como haiga sido,
su inocencia sea su escudo.

Muestra, vuelta del revés,
la conciencia sus costuras,
se despoja, transeúnte

de lo que fuera en lo que es:
que sueño y realidad junte
el aire en sus comisuras.

Morábito

Lo llaman Nadie, y es su mausoleo
la soledad. El mármol del olvido
esculpe lo que aún no ha acontecido
a su arbitrio, memoria hecha deseo.

El silencio da nombre a toda cosa
antes que exista. De regreso al viento,
la música sin estructura asiento
halla en el eco, donde no reposa.

Discontinua su vida, hecha de hábitos
que se derrumban, en los agujeros
de la memoria quedan prisioneros
los demonios que sueñan los morábitos.

La soledad con todo su aparato
reduce al hombre a un mero garabato.

Tabula rasa

Las cosas imposibles de decir
y aquellas de que no se debe hablar:
el alcázar de la retórica arde
entre las nubes y las aguas negras.

Tantas literaturas como guarda
el silencio, pues nadie abre sus páginas;
la torre de las posibilidades
nunca abatida por los muchos vientos.

Pero calla: está hecha la memoria
de cosas nunca dichas y el olvido
elocuente es el que pronuncia el mundo.

Aquí no hay musa: muerde la escritura
signos rudimentarios y las bestias
rumian en los sentidos el sentido.

Nadie (égloga)

Junto con el verano es mi colapso
-homúnculos de musgo veo en el humus,
cual Nemo que en los nimbus y en los campus
de nubes busca un nemoroso lapso.

Y vengo de vengarme, aunque soy Nadie:
la mónada, la díada y aun la tríada
son grados del Parnaso: que la Arcadia
no me arcadie, o el Palladio me paladie.

No como abeja, mas como libélula,
del bosque de la Tróade Mingo o Prángano,
de la miel del verano he sido un zángano,
no un comunista en su sórdida célula.

Que me lleve en sus alas el verano,
quiero ser su cadáver más temprano.

La estatua sensorial

I

El aire es el salario de la estatua,
las nubes su riqueza y el olvido
su pedestal. Pues nos reproducimos
en los sueños, si no en las pesadillas

de tanta alma inmortal. Bajo la aureola
de la posteridad, bajo su lámpara
obsesiva, picotearán los pájaros
el mármol sonrosado y sin memoria.

Pues la inmortalidad es una hybris
y un exceso, repetición gratuita,
lo cotidiano vuelto abominable,

no hay más estatua que este cuerpo, austero
en su intemperie. El público ludibrio
lo nutre, como el aire a las palomas.

II

Si la carne del paraíso siente
algo más que la voluptuosa brisa,
el dolor y la enfermedad la harían
despertar de su sueño incorruptible.
En la vida sexual de las abejas
y las hormigas no hay orgías; las nuestras
imaginarias son, por dicha acaso.
El 90 por ciento de la vida

sexual del hombre, es de hecho imaginaria:
¿dónde está pues el paraíso? Muerto
el cuerpo, las abejas, las hormigas

instalan su soviét, su kibutz. Guarda
para cualquier resurrección el ansia
de morir: es lo más emocionante.

III

Pero la aristocracia de los cuerpos
halla mayor placer en la reserva
que en el azar de sus combinaciones,
cuyo número linda con el tedio.

Y nos reproducimos por el sueño,
algunas veces por la pesadilla;
entre el bostezo, el estertor y el vómito
brota el cuerpo concéntrico, engendrado

por sí mismo, hacia sí mismo, en las vueltas
de un tiempo sin final y sin principio,
rotonda donde giran las estatuas.
En la orgía de sus metamorfosis
el sueño encarna y desencarna, enjambre
de historias que jamás podrán contarse.

Nada, nadie

Vino a vengarse de haber sido Nadie,
pero su pasaporte del País
de los Muertos ha caducado, y debe
refrendarlo muriendo nuevamente.

Se cree un Don Nadie y ni siquiera es alguien.
Para qué entrar a esa maquinaria
del tedio, donde ya nunca se sale.
Se sale de la muerte: el Deus ex machina

natural y aun el único posible.
Existir es el desenlace, entonces,
de esta historia al revés. El reloj marca

la eternidad en un sentido inverso,
que gotea en el pulso cual clepsidra.
La Nada ya es el Ser, si es que eres alguien.

Haberes y cadáveres

De la brutalidad del pensamiento médico
no hablo, pues la praxis es más que suficiente.
Sideral, el estetoscopio tienta y presiente
millares de cadáveres de un poema védico.

Sanguinario crepúsculo, y el fanal ortopédico
que busca un hombre para asesinarlo. Sapiente
escepticismo que duda, mas no se arrepiente
y al fin se justifica con un candor ascético.

Rechazados de las escuelas de medicina
no arman filas de choque en los campos del narco,
son los torturadores, si no los cocineros.

Mientras tanto, con voz carrascalosa, cansina
dictan una sentencia de muerte, con el parco
aplomo del verdugo que reclama sus fueros.

Trilce, 1922

Inauguró la vanguardia,
pero lo tocó el marxismo;
Vallejo bajó la guardia
sin dejar de ser él mismo.

Corazón en retaguardia,
delfín sobre el paroxismo,
telegramas al abismo
dictaba su taquicardia.

Allá vos lo haiga, pues mal
oísteis al tartamudo
tecleando su santo viernes.

La herida arraiga con sal
-y se pudrió en este embudo
la lluvia de un siglo en ciernes.

Pitágoras y el asno

Entre la picaresca y la bohemia
se agotó la existencia de Neruda.
No lo critico ni lo pongo en duda:
fue el egotista que un buen día se agremia

en política y al que el pueblo premia;
devoraba filosofía cruda
y su apetito cósmico de Buda
obeso se hizo ideología y anemia.

Mal filántropo si buen comunista,
no leía libros ni pensaba; viejas
y feas sus mujeres, cuántas rimas

dieron al bon vivant, al hedonista.
Pitágoras no sopla en sus orejas
de asno que escaló las arduas cimas.

A Enrique González Martínez

Mañana los poetas...

Poeta que escogió el anonimato
infranqueable de la alta poesía,
Topos Urano que en la celosía
traza un relámpago y un garabato:

cayera en lo chambón y lo pacato
el bardo de cantina: en tropelía,
los corceles de la supremacía
pisotean su aguachirle y su alegato.

Desterrado en la lira y en la sirte,
etéreo y sideral, diste a las plantas
cual punta de relámpago, un rocío

no retórico. Yo quería decirte
que en el futuro hacia el que te adelantas,
si acaso hay un pasado, será el mío.

A don Francisco de Quevedo

Sólo un grande España, un rico hombre
se pudo lamentar, como Quevedo
por el paso del tiempo y sentir miedo
de bajar a la oscuridad sin nombre.

No hay transeúnte al que la muerte asombre,
en su reloj la marca con el dedo;
busca un diablo albañil que con denuedo
y una pala su pobre tumba escombre.

Aconsejaba a un rey, ora a un ministro,
se carteaba con uno y otro sabio,
magnate de un país soberbio y fuerte.

Hábil para la espada y para el sistro,
cantó, insultó, filosofó su labio:
así hasta yo lamentaría mi muerte.

A Rubén Darío

Oh querido Rubén, padre y maestro mágico,
el harén esotérico de tu Jerusalén
fuera el sanctasanctórum, el doméstico harén
de las Musas, que espumas barren del mar pelásgico.

En el vino y el cuerpo femenino, el nostálgico
busca el huevo de Leda del idioma; el vaivén
del viento esculpe sátiros, ninfas del terraplén
que asaltan al bohemio con su canto letárgico.

Bohemio y manirroto, que la alta diplomacia
disfrazaste de picaresca, fue tu Francisca
el galeón que cargaste con lingotes de idioma.

Pero la sinestesia se tornaba ataraxia:
los régulos aldeanos ya ninguna odalisca
brindan: he aquí el Centauro de la muerte que asoma.

A Charles Baudelaire

Maestro, si ha pasado la era del exceso
y añejan los cubiles otra filosofía,
presididos por la esfinge Melancoholía,
donde las mariposas el dedal de su peso

esparcen –polvo de oro, arcoíris– al beso
de la brisa, levanta tu estatua de porfía,
soberbio transeúnte, y que la hidropesía
de la lluvia te oxide desde el alma hasta el hueso:

¡Panida!, que el spleen ha tornado inmortales
las horas vespertinas del sexo y el absintio,
las cabelleras náufragas de Caribdis y Escila,

abdica de esa fácil muerte, que los fractales
del caos y del sismo en tu verso corintio,
te llaman, Coribante, a esta luz que obnubila.

Exaltado polvo

No hay algo peor que un avaro,
que nada atesora: pobre,
tañe y esmalta su cobre
cual si fuese un metal raro.

Su fracaso vende caro:
construye una torre sobre
un charco de agua salobre
y la vende como un faro.

El salario de la nada
devora cualquier fortuna:
el pobre es un potentado

que en grande abundancia ayuna.
El polvo no lo degrada,
flota por él exaltado.

A la multitud se aúna
y náufrago, sobrenada
como un soberbio ahogado.

Reanudación del tiempo

Habr  orillas, no límites. Si buscas
un desenlace, quedas donde mismo.
Deja que la vejez te enseñe. Nada
pierdes de lo extraviado de antemano.

Se vive demasiado, casi tanto
como se muere. Cuando est  completa
la cuenta, serás sólo el transeúnte
que flota cual vapor en la hojarasca.

Pero tomar cartas en el asunto
será en balde. El pasado es una ciénaga
que no devora, más bien no permite

que el yo y su porvenir salgan a flote.
Continúas recorriendo en bicicleta
sinuosas calles de la adolescencia.

La viga en el ojo

Todo se hunde en el silencio: atrapa
tu identidad, que no es una armadura
sino un esqueleto, que no alcanza
a solidificarse, busca un rostro.

La dicha a medias, el malentendido,
la lección al revés: ajusta el paso,
el símbolo es a veces puro ruido
y la iluminación, viga en el ojo.

Tu rostro se fugaba en cada gesto,
como un bólido que los transeúntes
se repartían; confiscó el lenguaje

cada una de tus palabras: cuánto
tiempo nos ha llevado recobrarlas,
configurar este silencio propio.

Túmulo y tumulto

Beethoven es la prueba de que el hombre
es posible, que sea estatua y no bulto
que en anónimo polvo queda oculto,
vagabundo por un país sin nombre,

sino que busca el trueno que lo asombre
entre los dioses a que rinde culto
y en las nubes un túmulo y tumulto
de mármol, donde el sol su cuerpo escombe,

donde flotan, como el polvo inestable,
ruinas del paraíso, que el gigante
no añora, que implacable reconstruye

-batuta de relámpago-: el instante
en que Dios deja al músico que hable,
nos suspende y eternamente huye.

Cadáver ambulante

El alcohol se alimenta de sí mismo,
la culpa es su banquete. Su inminencia,
vista desde el futuro, es la nostalgia
de lo que no ocurrió: remordimiento

fue la esperanza. ¡Cuánta eternidad
derrochas antes de saberte muerto!
Cadáver ambulante, la vigilia
y el insomnio fueron tu día y tu noche.

Caminabas dormido; la impaciencia
es la postrera desesperación.

Antes de que se viva, está completa

la vida y es trivial el desenlace.

Así, bebiendo, me ahorré el destino:
cualquier pasado es el mejor futuro.

Pues el alcohol ya no te enseña nada,
toma su diccionario
y apréndelo en el fondo del mar Muerto.

Nunca

He sido profundamente removido
en el árido terreno de la cuita;
el dolor de estar vivo, que no se quita,
ni riqueza ni gloria le dan sentido.
En el infiernillo de lo mal habido
cómo el alma errabunda vaga y se agita;
cándida en su candado, se precipita
en la trampa que desgarró su vestido.

Ciudad en la que sólo el ocio prospera,
en las gelatinosas aguas del tedio
sólo aspiramos a la desesperanza.

Purgatorio del polvo, giro en su esfera,
sin principio ni fin: el tiempo es el medio
que no va a parte alguna, que nunca avanza.

ÍNDICE

Presencia.....	3
Trampa	4
Adivinanzas	5
Armenta	6
Mester	7
Malinconia	8
Humus.....	9
Escupidera.....	10
Feria.....	11
Bar Salsipuedes.....	12
Beatus ille	14
Morgue.....	16
Álbum de zoología	19
La ordalía	21
Cotidiano	22
Transeúnte.....	23
Póstumo.....	24
Viaje al país de los muertos	25
Nóstoi.....	26
La inesperada.....	27
Impávida luz.....	30
El ojo del otro.....	33
Sextina para Bertrand Russell.....	35
Fábula de Aquiles y la tortuga	37
Elegía	40
Parte de muerte	42
Comisura	43

Morábito	44
Tabula rasa.....	45
Nadie (égloga)	46
La estatua sensorial.....	47
I.....	47
II	48
III.....	49
Nada, nadie.....	50
Haberes y cadáveres	51
Trilce, 1922.....	52
Pitágoras y el asno	53
A Enrique González Martínez.....	54
A don Francisco de Quevedo	55
A Rubén Darío.....	56
A Charles Baudelaire.....	57
Exaltado polvo.....	58
Reanudación del tiempo	59
La viga en el ojo.....	60
Túmulo y tumulto.....	61
Cadáver ambulante	62
Nunca	63

Doctrina de varia melancholia
se terminó de imprimir en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares.